

El alma y el color

Las relaciones del alma humana con el color no es una vaga intuición de artistas sensibles a las variaciones cromáticas, sino un hecho científicamente demostrado. El más fino revelador de estas relaciones es, sin duda, el psicodiagnóstico de *Rorschach*, con sus manchas—borrones de tinta—en diversos colores con predominio del negro, que el sujeto ha de interpretar. Una amplísima experiencia y un método riguroso de valorar los resultados no dejan lugar a dudas sobre la conexión de la vida afectiva con el color. Los sujetos de afectividad viva e intensa impulsividad desatienden la forma de las manchas para fijar la atención de un modo preferente en el color. Así ocurre en una serie de enfermedades mentales en las que los afectos irrumpen abruptamente, desatendidos y desenfrenados de las instancias intelectuales. Es frecuente en estas psicosis las repuestas en las que sólo juega el puro color, por ejemplo, «sangre» ante una mancha roja. Cuando en las zonas subnormales o normales, no obstante la riqueza afectiva conserva lo intelectual su papel de encauzador de lo afectivo la forma es atendida; mínimamente si la afectividad es muy labil y sugestible: respuestas de color-forma; al máximo cuando una afectividad rica y sana se aviene a integrarse en las capas superiores de la persona: respuestas de forma color. Es fácil comprender que una serie de experiencias hayan demostrado la mayor afinidad por el color de la mujer, del niño y del adolescente frente al hombre adulto, así como la de ciertos tipos biológicos—picnicos-sintónicos—de buen contacto afectivo, frente a los fríos asténicos-esquizoides.

Los hallazgos de *Rorschach* son tan categóricos—es posible incluso un diagnóstico a ciegas a la sola vista del protocolo sin conocer al sujeto—y tan prometedores para profundizar en el alma humana que acaso no haya un territorio de la psi-

